



Facultad de Artes y Humanidades

Tema:

La estudiosidad, virtud que perfecciona la voluntad según Santo Tomás de Aquino

**Trabajo de Titulación para la obtención del Título de Licenciatura en Estudios
Humanísticos**

Presentada por:

Sor Erika Nathali Brito Guamán

Tutor:

Sor Salomé Vera Jurado

Quito, febrero de 2023

RESUMEN

El presente ensayo “La estudiosidad, virtud que perfecciona la voluntad según Santo Tomás de Aquino” propone recuperar la importancia de esta virtud para que el ser humano pueda, mediante la perfección de su voluntad, alcanzar su realización o felicidad. Explica que, aunque esta virtud regule el deseo de conocer del hombre y lo estimule al recto conocimiento de la verdad, perfecciona a la voluntad, porque corresponde al apetito concupiscible y a la potencia intelectual. Es, pues, precisamente en la argumentación de esta virtud, tal como lo hace Tomás de Aquino, que puede comprenderse la maravillosa relación de las facultades superiores con las inferiores, en un orden armonioso en vista al fin del hombre. En efecto, si la persona humana posee el hábito de la estudiosidad podrá realizar actos de calidad, de libertad que lo perfeccionan y no dejarse desviar por su contrario, la curiosidad malsana, que lo condena situarse en un bien y una verdad aparentes sin alcanzar su natural deseo de conocer.

Palabras clave: Tomás de Aquino, virtud, estudiosidad, curiosidad, verdad, voluntad.

DECLARACIÓN DE ACEPTACIÓN DE NORMA ÉTICA Y DERECHOS

El presente documento se ciñe a las normas éticas y reglamentarias de la Universidad Hemisferios. Así, declaro que lo contenido en este ha sido redactado con entera sujeción al respeto de los derechos de autor, citando adecuadamente las fuentes. Por tal motivo, autorizo a la Biblioteca a que haga pública su disponibilidad para lectura dentro de la institución, a la vez que autorizo el uso comercial de mi obra a la Universidad Hemisferios, siempre y cuando se me reconozca el cuarenta por ciento (40%) de los beneficios económicos resultantes de esta explotación.

Además, me comprometo a hacer constar, por todos los medios de publicación, difusión y distribución, que mi obra fue producida en el ámbito académico de la Universidad Hemisferios.

De comprobarse que no cumplí con las estipulaciones éticas, incurriendo en caso de plagio, me someto a las determinaciones que la propia Universidad plantee.

Sra. Mónica Benedicte de Jesús Sacramentado FMU

Erika Nathali Brito Guamán

C.I. 171623386-9

DEDICATORIA

Pues, aunque uno sea perfecto entre los hombres, si le falta la sabiduría que viene de ti, será tenido en nada (Sabiduría 9, 6).

La culminación de esta etapa de mi vida ha sido gracias a Dios, sea dada a Él la gloria por este logro obtenido, a Él dedico principalmente este ensayo de fin de carrera. Ha valido la pena el sacrificio y esfuerzo pues todo esto es en bien de las almas. En este camino el Señor me ha ido concediendo el don de la sabiduría para poder ser su instrumento, le pido cada día poder corresponder a este don concedido por la vocación religiosa.

ÍNDICE

Resumen	2
Declaración de aceptación de norma ética y derechos	3
Dedicatoria	4
Índice	5
Introducción.....	7
Capítulo I	
Naturaleza de la virtud de la estudiosidad	9
1. Definición de la virtud de la estudiosidad	11
2. Relación entre la templanza y la estudiosidad.....	13
3. La voluntad y la estudiosidad	15
Capítulo II	
La estudiosidad y la curiosidad	19
1. La natural curiosidad humana y el conocimiento.....	21
2. La curiosidad como vicio propiamente	24
3. Perfección de la voluntad con la virtud de la estudiosidad.....	27
Capítulo III	
Beneficios de la virtud de la estudiosidad	32
1. La verdad y su relación con el fin del hombre	32
2. El hombre ante la Verdad	33
Conclusiones.....	37
Referencias	38

LA ESTUDIOSIDAD, VIRTUD QUE PERFECCIONA LA VOLUNTAD SEGÚN
SANTO TOMÁS DE AQUINO

Autor: Sor Erika Nathali Brito Guamán

Correo electrónico: madresdelaunidad@gmail.com

Resumen

El presente ensayo “La estudiosidad, virtud que perfecciona la voluntad según Santo Tomás de Aquino” propone recuperar la importancia de esta virtud para que el ser humano pueda, mediante la perfección de su voluntad, alcanzar su realización o felicidad. Explica que, aunque esta virtud regule el deseo de conocer del hombre y lo estimule al recto conocimiento de la verdad, perfecciona a la voluntad, porque corresponde al apetito concupiscible y a la potencia intelectual. Es, pues, precisamente en la argumentación de esta virtud, tal como lo hace Tomás de Aquino, que puede comprenderse la maravillosa relación de las facultades superiores con las inferiores, en un orden armonioso en vista al fin del hombre. En efecto, si la persona humana posee el hábito de la estudiosidad podrá realizar actos de calidad, de libertad que lo perfeccionan y no dejarse desviar por su contrario, la curiosidad malsana, que lo condena situarse en un bien y una verdad aparentes sin alcanzar su natural deseo de conocer.

Palabras clave: Tomás de Aquino, virtud, estudiosidad, curiosidad, verdad, voluntad.

Abstract (en inglés)

The present essay “Studiousness, a virtue that perfects the will according to St. Thomas Aquinas” proposes to recover the importance of this virtue so that the human being can, through the perfection of his will, reach his fulfillment or happiness. He explains that, although this virtue regulates man's desire to know and stimulates him to the right knowledge of truth, it makes the will more perfect, because it corresponds to the concupiscible appetite and the intellectual power. It is, then, precisely in the enhancement of this virtue, as Thomas Aquinas does, that one can understand the marvelous relationship of the higher faculties with the lower faculties, in a harmonious order in view of man's end. In fact, if the human person possesses the habit of studiousness, he will be able to perform acts of quality, of freedom that perfect him and will not allow him to be diverted by its opposite, unhealthy curiosity, which condemns him to place himself in an apparent good and truth without reaching his natural desire to know.

Key words: Thomas Aquinas, virtue, studiousness, curiosity, truth, will.

INTRODUCCIÓN

En este tiempo de crisis de valores y de inmoralidad, donde el mundo está saturado de información, no de formación, se experimenta la necesidad de vivir las virtudes, quitar los defectos propios y frenar esa pereza que hace al hombre torpe y ciego para abrir su mente a la verdad. La educación y la virtud son dos ámbitos en el hombre, uno externo y otro interno, que actualmente no son bien aprovechados porque alcanzar la perfección humana ha pasado a segundo plano, la virtud es vista en sentido peyorativo.

Los males actuales responden a una tendencia desordenada a conocer y, por ende, del conocimiento que se alcanza desordenadamente, como resultado de una voluntad viciada. Por eso, el tema de la presente investigación, “La Estudiosidad como virtud que perfecciona la voluntad según Santo Tomás de Aquino”, pretendió sacar a la luz la importancia de recuperar esta virtud para el hombre de hoy, cuyo fruto recae no sólo en cada uno individualmente, sino que se extiende a aquellos con quienes se relacione y el mundo en general.

De ahí que el estudio se enfoca a comprobar que la virtud de la estudiosidad perfecciona la voluntad a través de la búsqueda recta y útil de la verdad respondiendo a la cuestión sobre ¿cómo puede esta virtud perfeccionar la voluntad? Para ello se planteó como objetivo general analizar la manera en que la virtud de la estudiosidad (*studiositas*¹) ayuda al hombre a perfeccionar la voluntad cuando conoce rectamente, según la Suma de Teología de Santo Tomás de Aquino, mediante los siguientes objetivos específicos: 1. Investigar sobre la naturaleza de la *estudiosidad*; 2. Distinguir la virtud *estudiosidad* en contraposición al vicio de la curiosidad para comprender cómo el hombre debe conocer la verdad rectamente; 3. Conocer los beneficios de la virtud *estudiosidad* para el hombre, no sólo para el que estudia académicamente sino para todos.

La virtud de la estudiosidad, además, resalta la importancia de la verdad para el hombre, pues, sin ella, el hombre no puede cumplir su fin en el cual hallará su perfección personal. En efecto, según Santo Tomás esta virtud ayuda al hombre a acceder a la verdad

¹ Santo Tomás utiliza el término *studiositas* en la Suma Teológica, la traducción es estudiosidad. Para mejor comprensión en el texto se utilizará la palabra estudiosidad.

rectamente regulando su tendencia para evitar que caiga en un movimiento contrario, propio de la curiosidad, que se encamina a conocer vanamente lo inútil, dispersándolo.

En el primer capítulo se investigó sobre la naturaleza de la virtud en general, para luego definir la virtud de la estudiosidad y reconocer su lugar y las relaciones en el conjunto de las virtudes y las facultades, tal como lo presenta el Aquinate.

En el segundo capítulo se habló de la relación y distinción entre la virtud de la estudiosidad y la curiosidad en su sentido negativo y positivo; particularmente se expuso sobre la curiosidad humana y el conocimiento para expresar que de él procede el desarrollo humano y los avances que hoy tenemos; indicando el exceso o vicio de la curiosidad y lo que causa en el hombre; terminando con la perfección de la voluntad mediante la virtud de la estudiosidad por la decisión libre del hombre. Es, pues, en este capítulo que se pudo apreciar un análisis teórico-práctico sobre la oportunidad de esta virtud para el conocimiento y desarrollo de hombre a nivel intelectual y moral, y de la humanidad.

En el tercer capítulo se desarrollaron los beneficios de la virtud de la estudiosidad para el bien integral del hombre en su concreta relación con las verdades y la Verdad última. Finalmente se realizaron las conclusiones correspondientes.

La investigación permitió descubrir, mediante la exposición específica de la estudiosidad, la importancia de las virtudes morales para la vida y felicidad del ser humano, deseo y meta que todo hombre debe reconocer para encaminarse, de ahí la importancia del tema para los tiempos actuales.

CAPÍTULO I

NATURALEZA DE LA VIRTUD DE LA ESTUDIOSIDAD

Todo hombre por naturaleza tiende hacia su propia perfección, entendida ésta como la posesión del bien o la actualización de todas las potencialidades de su ser. Sin embargo, para lograr este cometido, en el mundo encuentra diversidad de bienes que corresponden no sólo a distintas facultades, sino que, además, en orden al fin de la persona humana, difieren uno de otro en importancia –jerarquizados– y, por lo tanto, tiene la necesidad de establecer los bienes inferiores en orden al superior.

Antes de entrar en la virtud de la *studiositas* (estudiosidad) conviene conocer cuál es la naturaleza de la virtud en general.

Hay que decir que la virtud, de acuerdo a su etimología “indica complemento de la potencia, por lo que también se llama fuerza, en virtud de la cual un ser, mediante la capacidad completa que tiene, puede seguir su ímpetu o movimiento” (de Aquino, 2003, págs. 693, a. 1, sol). El acto perfecto o fin de la potencia es la virtud, porque la perfección del acto está en que el operante, el hombre racional, realice el acto de virtud.

Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* da una definición sencilla: “la virtud en el hombre será esta manera de *ser moral*, que hace de él un hombre bueno, un hombre de bien, y gracias a la cual sabrá realizar la obra que le es propia” (2016, págs. 43, II, c. 6). La vida del ser humano según las virtudes es la mejor vida que puede alcanzar. En esto consiste la excelencia (*aretê*, término griego para hablar de la virtud) del hombre, en donde tiene una buena disposición para cumplir acciones buenas que harán de él que sea bueno. Esta excelencia no radica en la cantidad de actos que realiza, sino en cómo los realiza (intencionalidad), que revela la vivencia de la virtud. ¿Cómo sabe el hombre qué debe hacer? Interiormente, pues es un ser moral, esto es, libre y consciente, que guía sus obras hacia el bien. La obra del hombre, su realización o perfección personal, es producto de sus decisiones, es decir, de comportarse a la altura de su ser.

La virtud, hay que aclarar, es un *modo de ser* (por esto se la llama doble naturaleza) en el sujeto que especifica su operación. Y es que la naturaleza de un ser se entiende como el principio y la causa de su movimiento u operación. La naturaleza es a la vez la *materia*

sobre la que se ejerce la acción de este principio, así como la *forma* de la cosa, en virtud de la cual se desarrolla y se convierte en lo que es.

En este sentido, la naturaleza del hombre, como sustancia racional, directamente se manifiesta por medio de los actos de virtud. La virtud en cuanto hábito está ínsita en la potencia racional del hombre, la cual es de dos maneras: *por esencia*, entendimiento y voluntad son facultades espirituales; y, *por participación*, porque obran bajo el mando de la razón y la voluntad, éstos son los apetitos irascible y concupiscible (García, 1986, págs. 81-82). En consecuencia, la virtud no debe ser tratada como algo accesorio, porque abarca toda la persona.

En la Suma de Teología se da la siguiente definición clásica de virtud, elaborada por Pedro Lombardo con palabras de San Agustín, basándose en *De Libero Arbitrio* y las *Retractationes*: “La virtud es una buena cualidad de la mente por la que se vive rectamente, de la cual nadie usa mal, producida por Dios en nosotros sin intervención nuestra” (de Aquino, 1989, págs. 424, I-II, q. 55, a. 4).

Esta definición, como bien dice Santo Tomás en este mismo artículo, es completa, porque muestra todas las causas que delimitan la esencia de la virtud: la *causa formal* indica su género, esto es, cualidad; y su diferencia específica, que sea buena. Aquí Santo Tomás puntualiza que mejor sería llamarla hábito, que es su género próximo, en cuyo caso concreto sería hábito operativo bueno. La *causa material* es el sustrato en el que existe, es decir, la mente, refiriéndose al alma. La *causa eficiente*, en cambio, especifica el origen, o sea, nuestros actos y Dios. La *causa final* es en vista del bien, esto es, por la que se vive rectamente y de la cual nadie usa mal.

En cuanto al origen, cuando se menciona que es producida por Dios sin intervención nuestra, se quiere dejar claro que es Dios la causa de la virtud, propio de la virtud infusa, avalando como don la virtud en el hombre. Si no se incluye en la definición que *es producida por Dios*, sirve para las virtudes tanto infusas como humanas.

Ésta es la mejor definición, porque alude a todo el hombre: su *entendimiento*, *voluntad* y *apetitos*, todos éstos, sujetos de virtud. La fuerza de la virtud se da en el hombre, porque es él quien sigue la dirección correcta de lo que le indica la misma para su propia perfección. Es, pues, a esta capacidad a la que está llamado.

Por otro lado, al hablar de hábitos hay que distinguir entre hábitos buenos y malos. Los que disponen al bien son propiamente las virtudes, mientras que, los que disponen al mal son los vicios. La repetición de actos genera el hábito, creando una disposición en el hombre expresada en su obrar. Para que un hábito sea bueno, tiene que ser de naturaleza buena, así es la virtud, dispone para el bien, no para el mal.

Hay que insistir en que la virtud abarca todo el hombre. Esto quiere decir, según Aristóteles, que perfecciona de manera estable tanto el entendimiento como la voluntad y la afectividad (Rodríguez Luño, 2010, pág. 211) y, por eso, hay que hacer la distinción entre las virtudes *intelectuales* y las *morales*. Las primeras perfeccionan la razón especulativa y práctica; mientras que las segundas, perfeccionan la voluntad y los apetitos sensibles (Rodríguez Luño, 2010, pág. 212). La virtud de la cual se tratará en este ensayo está referida a estas últimas, la virtud moral, que es el hábito de elegir bien y obrar con firmeza y constancia ese bien (Rodríguez Luño, 2010, págs. 214-215). De este modo, las elecciones que realiza el hombre le van perfeccionando, de lo contrario, le degradan. En otras palabras, cuando tiene el hábito de elegir interiormente el bien y realizar exteriormente lo elegido, es virtuoso, esto es, posee la disposición estable de obrar el bien, sinónimo de tener la prudencia, sabiduría y facilidad en el momento preciso para realizarlo.

1. Definición de la virtud de la estudiosidad

La *estudiosidad* es una virtud pequeña y poco conocida. Para Santo Tomás, sin embargo, es muy importante, puesto que favorece el aprendizaje que es parte del perfeccionamiento de la persona humana, dice:

El estudio lleva consigo, principalmente, una aplicación intensa de la mente a algún *objeto*. Ahora la mente no se aplica a una cosa sin conocerla. Luego la mente considera primero el *conocimiento* y, de un modo secundario, se aplica a las materias a las cuales se dirige el hombre mediante el conocimiento. (2001, págs. 551, II-II, q. 166, a. 1, sol)

Como se puede apreciar, antes que nada, se debe distinguir entre el estudio y la virtud de la estudiosidad. Ésta permite que la persona pueda acceder a un determinado conocimiento de un modo apropiado. Con ella el hombre logra una perfección a través del conocimiento que afecta también a su dimensión volitiva. Por tanto, esta virtud no se refiere sólo a tomar un libro y leerlo, sino que, regula la necesidad de conocer que le hará crecer en

sabiduría. En efecto, la estudiosidad se define como la virtud que modera el deseo de conocer, “la actitud de empeño y aplicación a todo lo que es conocimiento” (Osuna Fernández-Largo, A. en (de Aquino, 2001, págs. 551, nota a.)), regulando cualquier exceso en el apetito de adquirir conocimientos.

Si se aplica la mente a un determinado conocimiento, gracias a la *studiositas* el hombre, con sus facultades del entendimiento y la voluntad, conoce la verdad y quiere el bien de modo ordenado. Este ejercicio forma al hombre tanto interior como exteriormente, para disponerlo a realizar sus actos con plena consciencia, es decir, vivir en la verdad y en el bien. Todo esto da a la persona un cierto señorío de sí mismo.

Para Sertillanges, la virtud de la estudiosidad, es de mucha utilidad porque el que se dedica al estudio, no tiene que ver la vida con ojos de simpleza, sino con ojos de rectitud, hay quienes la juzgan una virtud simple, sin embargo, exige rectitud moral para que el estudio sea fecundo, que con la vida misma sea ‘atemperado’, para no desviarse del fin, es decir, para conocer la verdad debe haber la coherencia entre pensar y actuar. Pero el mismo autor dirá que el estudio no es un valor absoluto y que no está por encima de todo, porque allí puede haber exceso y ser inoportuno para el que estudia, pues muchas veces es un acto que le deshumaniza (1942, págs. 40-42). Esta deshumanización se refiere al hombre que en vez de estudiar para una mejora personal va en contra de sí mismo y de quienes le rodean, por eso se habla de coherencia.

El Padre Prummer dirá de manera puntual que la estudiosidad es una virtud que permite al hombre moderar su encuentro con la verdad, pues es “la virtud que modera el apetito y el estudio de la verdad conocida según las reglas de la recta razón” (en (Nuñez Valero, 2014, pág. 494)). El hombre tiene toda la capacidad para dirigirse y querer llegar a la verdad, pero no siempre la busca, pues hay en su naturaleza la herencia del pecado, que es un impedimento y, a la vez, una lucha continua para querer aceptar lo que la recta razón le presenta. La lucha se refiere aquí a la actitud de esforzarse porque no siempre tiene el hombre la disponibilidad para acoger la verdad.

Entonces, la virtud de la estudiosidad se refiere al *modo* cómo adquirimos los conocimientos, el cómo conocemos y *el empeño* que ponemos para hacerlo (Barrios, 2020, pág. 160). En este sentido, esta virtud no es conveniente sólo para algunos, sino que es menester *para todo hombre*, todo el tiempo, porque en cualquier edad u ocupación la mente constantemente busca conocer. Las facultades del intelecto, debido a que están en constante

uso y son más fuertes, necesitan más de un ordenamiento correcto, de la moderación, que las facultades físicas.

De este modo, el que estudia virtuosamente, sin saberlo, está rindiendo un homenaje al que ha hecho todo, al Autor de la ciencia. Es un punto de la conveniencia en adquirirla, porque en el estudio, si el hombre orienta ordenadamente su deseo natural de conocer, puede conducirlo al encuentro con la verdad que le atrae, aun en medio de su limitación, pues “La inteligencia no se encuentra plenamente en su papel sino ejercitando una función religiosa, o sea rindiendo un culto a lo supremo verdadero a través de lo verdadero concreto y disperso” (Sertillanges, 1942, pág. 46). En definitiva, el conocimiento propio de las ciencias, quiera o no, está ordenado a Dios, ya que, es una muestra de que este deseo de búsqueda, en cuanto inclinación natural, la puso Dios ya antes en el hombre y por eso lo creó como pensante, racional, y que pueda elegir libremente, para que así le encuentre.

2. Relación entre la templanza y la estudiosidad

Hasta este punto, se ha hablado de la estudiosidad como una virtud que regula el apetito de conocer, en adelante se precisará dentro del sistema moral de Santo Tomás cómo está colocada.

Según el Aquinate, esta virtud es parte potencial de la templanza. “Llamamos partes potenciales de una virtud a las virtudes secundarias, las cuales ejercen, en materias de una menor dificultad, un papel moderador semejante al que desempeña la virtud principal, en una materia principal” (2001, págs. 415, II-II, q. 143, artículo único, sol.).

Ahora bien, la templanza es una virtud moral cardinal que se asienta en el apetito concupiscible,

modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar “para seguir la pasión de su corazón” (Si 5,2; cf. Si 37,27-31 (Jerusalén, 2009). (Juan Pablo II, 1992, pág. 410)

Cuando establece la estudiosidad como parte potencial de la templanza (tercera objeción) plantea que esta virtud forma parte de la virtud de la templanza y, por lo tanto, se

asemeja a ésta en el modo de obrar. Santo Tomás resuelve que, en el apetito del conocimiento, el hombre naturalmente desea la esencia de las cosas y, por eso, es necesario refrenar este apetito para que no se exceda: “Por tanto, (...), la estudiosidad consiste en un freno, y en este sentido es parte de la templanza” (2001, págs. 553, II-II, q.166, a.2, ad.3).

Hay que resaltar que el objeto de la templanza consiste en regular, de acuerdo a la *recta ratio*, el objeto del apetito concupiscible, que es el bien fácil y deleitable, y las pasiones que deriven de él. Es así como ordena y circunscribe el deseo para que el hombre tienda efectivamente con la fuerza adecuada a lo mejor, según su fin global. Por el contrario, si la persona humana no ordena su deseo, la consecuencia es la ceguera de la mente. Por eso se entiende que la templanza resguarda el juicio sabio que se refiere al obrar. No es que la virtud de la templanza elimine la búsqueda del bien deleitable, sino que asegura la relación entre placer y acción.

La estudiosidad entra en relación con la templanza como una forma especial de la virtud de la modestia que se ocupa de ciertos actos de segundo orden de la templanza, regulando la actitud del hombre en relación al conocimiento: el deseo de saber, la curiosidad y, en sentido negativo, la negligencia (Rodríguez Luño, 2011, pág. 218). El deseo de saber representa lo más radical en el hombre, como dice Aristóteles: “Todos los hombres, por naturaleza, tienden al saber” (2003, págs. 69, Libro I (A)); el hombre tiende a la verdad, deseo que debe ser moderado oportunamente. La curiosidad es resultado del desorden en el deseo de saber, porque busca conocer cosas inútiles o nocivas (concupiscencia de los ojos). Finalmente, la negligencia, en sentido opuesto, es la falta de esfuerzo en adquirir el conocimiento necesario en orden a la propia excelencia (de Aquino, 2001, págs. 554, II-II, q. 167).

El que practica la virtud, lo hace en compañía de otras virtudes, así el que vive una, vive todas, dice San Francisco de Asís (1998, pág. 47). El que practica las virtudes sabe que debe guardarse de las ocasiones que pueden ser motivo de caída, por eso como la naturaleza humana se inclina a lo fácil, allí entra el trabajo de la virtud, que es no buscar la propia complacencia, no dar gusto a la carne. Por eso se puede decir, sólo a manera de mención, que también existe la presencia de la fortaleza (Nuñez Valero, 2014, pág. 508), pues es de valientes resistir a las asechanzas, esto produce firmeza, junto con la templanza, que modera esas tendencias desordenadas de la carne. Y es que poseer la verdad supone empeño y constancia, lucha contra las distracciones, entrar en sí mismo, entre otras cosas.

En cuanto al conocimiento, se puede constatar que el hombre siempre está observando, para conocer su entorno, y debe refrenar su imaginación y guardar sus sentidos para realizarlo con rectitud.

En conclusión, Santo Tomás hace derivar la estudiosidad de la templanza desde la modestia, y demuestra que tal virtud tiene dos finalidades, a decir, la de frenar el deseo de conocer y la de estimular hacia un recto conocimiento de la verdad. De ahí la importancia de formar al hombre en esta virtud para que crezca como persona. Ahora bien, toda virtud exige para su realización el concurso de la voluntad, por eso es importante analizar la injerencia de la estudiosidad en esta facultad.

3. La voluntad y la estudiosidad

La estudiosidad, se ha visto, como virtud que modera el natural deseo de conocer, pero, las objeciones que aparecen son que: si esta virtud es parte potencial de la templanza, que perfecciona el apetito concupiscible y, si la palabra estudiosidad viene de estudio y su objeto es el conocimiento, actividades que se realizan con el entendimiento, ¿en dónde entra la voluntad, o para qué interviene la voluntad?

Cuando se habla de la racionalidad como característico en el hombre, no sólo comprende la razón, sino también, la voluntad, porque *no se puede conocer sin querer ni querer sin conocer* (San Agustín, 1956, págs. 573, 581; Libro X, cap I-II)

El acto de la facultad cognoscitiva es imperado por la potencia apetitiva, que mueve todas las potencias, como se dijo antes (I q.82, a.4; I-II q.9, a.1). Por tanto, podemos distinguir un doble bien en el conocimiento. Uno en cuanto al acto mismo de conocer. En ese caso, el bien pertenece a las virtudes intelectuales y consiste en la verdad de los juicios. El otro se refiere al acto del apetito y consiste en que el hombre posea una voluntad recta para aplicar la potencia cognoscitiva, de un modo o de otro, a un objeto o a otro. Esto es propio de la virtud de la estudiosidad, la cual, por consiguiente, forma parte de las virtudes morales. (de Aquino, 2001, págs. 552, II-II, q.166, a.2 ad 2)

Entonces, el objeto de la estudiosidad es regular dos aspectos del conocer: el fin (la verdad) y el modo de tender al fin. En el primer caso, evitando atender a lo contrario de la

verdad; en el segundo caso, indicando el modo cómo se debe aspirar a la verdad, porque no se puede dirigir a ella desmedidamente ni abandonarse a la pereza ni a la curiosidad malsana.

Santo Tomás de Aquino presenta la estudiosidad como una virtud moral, como ya se ha mencionado, y esto es hablar de libertad, con un matiz muy claro y que a la vez es preciso porque, al colocarlo como una parte potencial de la virtud de la templanza, quiere resaltar que, aun cuando el acto de conocer en sí mismo es de índole intelectual, requiere de un apetito de orden moral para impulsar la fuerza cognoscitiva a un objeto u otro, de un modo u otro.

Mas son cuatro las potencias del alma que pueden ser sujeto de las virtudes, a saber: la razón, en la cual reside la prudencia; la voluntad, en la cual reside la justicia; la irascible, en la cual reside la fortaleza; y la concupiscible, en la cual reside la templanza. Pues en cuanto la razón está destituida de su orden a lo verdadero, está la herida de la ignorancia; en cuanto la voluntad está destituida de su orden al bien, está la herida de la malicia; en cuanto al irascible está destituida del orden a lo arduo, está la herida de la debilidad; en cuanto a la concupiscible está destituida de su orden a lo deleitable, moderado por la razón, está la herida de la concupiscencia. (1989, págs. 660, I-II, q.85, sol, a.3)

El Doctor Angélico explica que la dificultad para aprender en el hombre surge por el pecado original; así, la herida que afecta a la inteligencia es la ignorancia, y resulta difícil asimilar la verdad; y, a la herida de la voluntad, la malicia, genera dificultad para tender rectamente hacia el bien. De esto se tratan las limitaciones humanas por las dificultades y obstáculos a la hora de responder y esforzarse en el camino de la virtud.

Por su parte, la razón de ser de que la voluntad sea capaz de hábitos estriba en que cuenta de entrada con una orientación natural al fin, pero como es una potencia abierta a querer una u otra realidad de esas que miran al fin, es decir, como está abierta a los medios, requiere reforzar su tendencia sobre tales bienes mediales para que las inclinaciones que a ellos se refieren no sean un impedimento para la voluntad de cara a la consecución del fin último. (Sellés, 2000, pág. 11)

Por medio de la voluntad el hombre toma decisiones que dan calidad a los actos, de tal manera que mientras mejores son, obtiene mayor libertad y conciencia, es decir, más se perfecciona. Entonces, se requiere de una educación de la voluntad y de la inteligencia, para que la primera pueda querer el verdadero bien cuando es presentado por la inteligencia. Esta educación de la voluntad, no es más que un plan de vida en la virtud, que implica también el estudio.

La voluntad como facultad, según se ha mencionado, necesita de la inteligencia para querer el bien, porque es una potencia ciega que no sabe lo que es bueno. Por otro lado, ambas facultades obran sin desligarse de las potencias inferiores, pues “Santo Tomás subraya con mucha fuerza la existencia de una relación ontológico–dinámica entre la actividad cognoscitiva, la actividad volitiva y el placer o deleite: ‘todo ser que tiene conocimiento –afirma Santo Tomás– tiene también voluntad y placer (*delectatio*)’ (*Scriptum super Sententiis*, lib. I, d. 45, q. 1, a. 1, sol.)” (Rodríguez Luño, 2011, pág. 200), pero, deben ejercer el dominio sobre ellas, de ahí se comprende que se vincule a la estudiosidad con la voluntad para que la inteligencia pueda alcanzar su objeto propio que es la verdad.

Entonces, la virtud de la estudiosidad está estrechamente relacionada con la voluntad, su misión es conducir al hombre a *querer conocer con rectitud la verdad*, pues “la *studiositas* es una virtud moral, y no intelectual, porque fortalece a la voluntad en orden a imperar sobre la razón el acto de conocimiento” (Barrios, 2020, pág. 160).

A lo largo de la historia, esta virtud ha perdido fuerza y más todavía en estos tiempos, porque no se comprende su importancia en orden al fin último del hombre. No obstante, puede resurgir la virtud de la estudiosidad frente a la necesidad de un fundamento, que es estímulo a la vez, que motive el auténtico conocimiento.

La virtud de la *studiositas* no realiza la misma actividad que las virtudes intelectuales en lo que se refiere a conocer la verdad, su contenido no es el conocimiento sino la “bien ordenada actitud de la mente respecto a la búsqueda y adquisición de conocimiento”. Por eso la *studiositas* se centra en las inclinaciones e impulsos de la voluntad para mantener la moderación de los actos de desear del intelecto (Martin Grabmann en (Nuñez Valero, 2014, pág. 500)). Se puede apreciar la importancia de esta virtud para el crecimiento personal, pues se enfoca por ella al verdadero fin que realiza la persona, es decir, con la colaboración ordenada de todas sus facultades con la sabia dirección de las facultades superiores. Más adelante se desarrollará de un modo más extenso lo relativo al fortalecimiento de la voluntad.

En el fondo, la virtud de la estudiosidad no sólo sostiene la voluntad para el recto ordenarse de su deseo de conocer, sino que, estableciendo también el modo correcto de alcanzarlo, consolida a toda la persona, fortaleciéndola.

CAPÍTULO II

LA ESTUDIOSIDAD Y LA CURIOSIDAD

En el pasado la curiosidad tenía un sentido más bien negativo, en la actualidad, en cambio, se resalta un significado positivo que debe, inclusive, cultivarse si se quiere salir adelante en el mundo. A continuación, resulta, pues, interesante conocer su origen y, para ello, encontrar la estrecha relación con la virtud de la estudiosidad. Y es que, la estudiosidad, como toda virtud, es el medio entre dos extremos: la negligencia y la vana curiosidad, ambos negativos. Este trabajo no se ocupará de la negligencia ya que, siendo claramente opuesta a la virtud, Santo Tomás no la trata, en cambio la curiosidad puede engañar hasta al más sabio.

Al estudiar está presente un deseo innato de conocer y la posibilidad a querer conocer lo que no conviene. En el aspecto intelectual, el hombre cuando encuentra información puede desviarse de lo que es importante. Efectivamente, el sentido negativo de la curiosidad se refiere a observar, desear saber lo que no importa y no beneficia –de aquí emerge la morbosidad que tanto daño hace a la persona humana–, pero la estudiosidad lo impide porque ayuda a mirar la verdad en el conjunto de la verdad misma de la persona, para querer y, finalmente, obrar el bien que permitirá su realización y crecimiento: “En cualquier materia se requiere un conocimiento previo y recto para obrar bien” (de Aquino, 2001, págs. 551, II-II, q. 166, a. 1, ad. 1).

Es oportuno precisar que Santo Tomás afirma que todos los estudios tienen un valor, pero, que se debe discernir el orden de importancia entre ellos para una debida jerarquía del conocimiento, es decir, subordinar los inferiores a los más necesarios.

Estudiosidad y curiosidad son opuestos en el ámbito del conocimiento. Ya se mencionó sobre la templanza, en ella se encuadra la virtud de la estudiosidad, mientras que en la destemplanza encuadra perfectamente la curiosidad (Pieper, 2017, pág. 200).

La tendencia que existe en el hombre para ver, oír y decir cosas que muchas veces no le convienen, puede producir un desfase que no es de ayuda para su crecimiento personal. La estudiosidad es la actitud de concentración en una materia particular. La curiosidad es esa maña de conocer lo que no corresponde, y enterarse de lo que dicen o hacen otros (Barrios, 2020, pág. 159). En nuestros días, este aspecto es muy ensalzado y se conoce

mentiras por verdades, que son nocivas para la persona. En cambio, la estudiosidad es poco o nada aceptada porque implica, entre otras cosas, sacrificio.

El estudiante puede caer en la distracción cuando estudia, también, por la variedad de información a la que tiene acceso. Además, la tecnología contribuye influyendo a conocer detalles ínfimos de las cosas, tranquilizándose en ello, y que no son, en último término, de gran importancia para el hombre, pero ofrece una apariencia de sabiduría, y esto comporta disipación. Al verse satisfecho por lo conocido, no se orienta a conocer el “algo más” que exige la verdad.

Hay una verdad; hay una sola verdad; (...) la búsqueda de la verdad no debe ser satisfacción de la curiosidad; la adquisición de la verdad no se parece en nada al entusiasmo por un descubrimiento; nuestro espíritu está sometido a la verdad; no es, por tanto, superior a ella y más que disertar sobre ella, debería venerarla. (Newman, 2002, págs. 344-345)

En esta época de conocimientos avanzados, todo es permitido y lograr distinguir las buenas cosas entre toda la información que recibe el estudiante no es tarea fácil. En los estudios tanto escolar como universitario, se debe, por un lado, promover la investigación en los alumnos y, por otro, con todas las comodidades que existen para adquirir la información, promover el esfuerzo, luchando contra la pereza y la dejadez (Barrios, 2020, págs. 164-165).

Hay que tener presente que, la estudiosidad es una virtud y, como tal, está al servicio de la persona. Lleva a reflexionar profundamente cómo debe pensar, cómo debe actuar, cómo debe vivir. Y es que el pensamiento representa la facultad que rige todas sus acciones. De él dependerá ser guía sapiente en lo bueno o aliado del mal cuando no se tiene el debido control. El ser humano, por lo tanto, con la estudiosidad, señorea su mente a fin de que pueda orientarse sin desviarse hacia su objetivo. En suma, el trabajo intelectual exige dos cualidades: la lucha contra la distracción que exige concentración; y, el sano distanciamiento respecto al trabajo para que la mente pueda ser objetiva a la hora de abrazar la verdad (Guitton, 1999, pág. 20).

También es posible comprender la curiosidad en sentido positivo, siempre y cuando sea adecuadamente contextualizada. Así, “ser curioso implica, por un lado, un deseo de experimentar un orden y, por el otro, una disposición a experimentar un desorden para

transformarlo en orden” (David Beswick en (McClelland, 1989, pág. 165)). El autor lleva a colación que la curiosidad produce en el ser humano desorden interior, pero él tiene con sus propias manos que transformarlo en orden, un cambio que es beneficioso, porque implica renuncia a lo que le perjudica, eso puede ser un aspecto positivo y estímulo para el hombre.

Del mismo modo que este tipo de estímulo ha llevado al hombre a buscar respuestas, la curiosidad, capacidad de admiración que da inicio a la Filosofía, no es otra cosa que reflexionar sobre cada acción que se va a realizar, esto se hablará en el siguiente punto; sólo basta decir esto: “La persona que se admira es aquella que empieza a caminar, que desea saber más y más e intenta llegar al fondo de todas las cosas” (Burggraf, 2013).

1. La natural curiosidad humana y el conocimiento

La estudiosidad como socia del esfuerzo del hombre está al origen de cualquier avance científico y tecnológico. En esta sección es oportuno hablar del conocimiento y la aparición de la ciencia como resultado de indagar y buscar respuestas a los interrogantes del hombre. La historia de la humanidad y su desarrollo están unidos a los intentos del hombre por mejorar su entorno y resolver las necesidades que se le presentan. En efecto, al crear objetos y cambiar su situación, el hombre revela que es un ser capaz de realizarlo, es decir, dotado de inteligencia, voluntad y memoria, facultades con las que demuestra que ha sido creado para ser mejor, siendo dueño de sí mismo, y administrar el mundo; por eso, el progreso y los inventos están estrechamente relacionados (Vega, 2012, pág. 1).

Ya los filósofos presocráticos, al preguntarse por el origen o principio del Universo estaban encaminando el conocimiento. Así inicia una carrera que da paso a la Filosofía, preguntarse el porqué de la realidad revelando una capacidad de asombro o de admiración. La Filosofía es ciencia que no se queda en las causas próximas, sino que busca las causas últimas, llegando a ellas con la luz de la razón, pues su camino cognoscitivo es a través de esta facultad (Fernández, 1990, pág. 21). Esto nos lleva a afirmar que tanto la Filosofía como las ciencias particulares tienen como principio la curiosidad humana. Ambas disciplinas conllevan dos niveles de conocimiento, esto es, sensible e intelectual, pero, ¿en cuál conocimiento interviene la curiosidad?

En el hombre estos dos tipos de conocimiento –sensible e intelectual– están dentro del conocimiento natural; pero, hay que especificar que es en el conocimiento intelectual que, por un lado, surge la inquietud por conocer la verdad y que, por otro, puede dar las

respuestas a dichas inquietudes. El ser humano puede responder de tres formas: espontánea, que es por vía de la experiencia; científica y filosófica, estas dos últimas se preguntan por las causas; si es por las causas últimas, es filosófica; si es por las causas próximas, es científica. También, hay otro tipo de conocimiento, el sobrenatural, que es por revelación y del que el hombre participa por medio de la fe, concedida por Dios (Fernández, 1990, págs. 35-36). En otras palabras, el hombre posee estos tipos de conocimiento, cada cual, con su objeto propio, pero, la curiosidad humana, que ha impulsado la ciencia, está en su racionalidad, la cual impregna todos los niveles del conocimiento natural humano.

La Modernidad se caracteriza por la sustitución de lo antiguo por las novedades del tiempo, pero, fue precisamente gracias a lo antiguo que se lograron los nuevos avances. Ella arranca con personajes como Galileo Galilei y su telescopio, quien, fundándose en el descubrimiento de Nicolás Copérnico que proponía la teoría heliocéntrica, resalta las matemáticas como medio único de verdadero conocimiento. Copérnico consideraba que la Tierra no era inmóvil, colocada al centro del universo sino un planeta que giraba alrededor del Sol (Artigas, 2008, pág. 30). De este modo, provoca un remesón de cuanto se decía sobre la Tierra, que estaba al centro del universo. Esto causó un impulso vertiginoso para los avances y desarrollo del pensamiento científico. La nueva mentalidad sostenía que el fundamento del conocimiento se hallaba en lo matemático, porque gozaba de precisión y rigor; por otra parte, demandaba de la experimentación demostrando el progreso de la ciencia.

La Revolución Científica del siglo XVII muestra cómo la curiosidad humana fue capaz de elaborar progresivamente la ciencia. En este proceso no se puede negar el trabajo previo, tanto teórico como empírico, desarrollado durante muchos siglos. Con la ciencia el hombre fue descubriendo más y más la naturaleza para su correspondiente dominio, mediante la armonización de los argumentos teóricos con la experimentación, pues, “las teorías de la ciencia experimental se prueban recurriendo no sólo a argumentos teóricos, sino también a los resultados de experimentos repetibles, de modo que el control experimental es una parte esencial de la nueva ciencia” (Artigas, 2009, pág. 36).

La novedad del proceso de experimentación dio paso a la Química, Física, Biología y otras ramas. En cuanto a la Química se descubrió los elementos y las combinaciones de los mismos, obteniendo resultados, con el fin de dar paso a la ciencia. Es el ingenio del hombre que hizo posible estos inventos, así tenemos que la Química al principio no se

llamaba así, sino Yatroquímica, era un tipo de experimentación de sustancias para obtener otras, Paracelso fue un ejemplo de esto:

El padre de la yatroquímica fue Paracelso, el cual dejó muchos escritos de la época; él planteaba que todos los procesos vitales son químicos y es posible influir en ellos por medios químicos; fue él quien introdujo la palabra Química. Para él las sustancias fundamentales eran las de los alquimistas, el azufre y mercurio, a las cuales añadió como tercer elemento la sal. (...) Estos tres principios constituyen todas las sustancias del reino animal, vegetal y mineral, uniéndose en mezclas variables. (Mulet & Hing, 2008, pág. 21)

En definitiva, en la época de la Modernidad, “La curiosidad queda legitimada como una actitud intelectual positiva, que posibilitó el nacimiento de la ciencia moderna y de la tecnología” (Hans Blumenberg en (Nuñez Valero, 2014, pág. 503)).

Estas breves notas muestran el progreso al que ha llegado la ciencia y la tecnología, fruto de la capacidad humana, siendo la parte positiva de la curiosidad, como capacidad recibida; sin embargo, hay también la parte negativa, porque la ciencia no siempre ha usado estos avances para un verdadero desarrollo de la persona humana. Por tanto, la curiosidad dio paso a la ciencia permitiendo un crecimiento social y económico, pero, del mismo modo, especialmente en los tiempos actuales, va en contra de la persona humana y su valor como creación de Dios, pues no existe más ese temor divino en los corazones. En casos como los mencionados, la curiosidad humana lamentablemente ha llegado al colmo del atrevimiento, al punto de tratar al ser humano como un objeto. Se trataba de una noble pasión por el conocimiento nuevo que luego fue y va en contra del Autor de la ciencia.

La sociedad y los gobiernos han demandado un conocimiento más desarrollado de este aspecto, es decir, pensar en que la ciencia y su desarrollo afecta a la vida cotidiana de millones de personas. Un punto que lleva a reflexión han sido las consecuencias sociales que ha causado la ciencia durante la Segunda Guerra Mundial, con las técnicas científicas y el exterminio de los judíos, en el uso de científicos como consejeros militares y en la construcción de la primera bomba atómica. A partir de ese momento, la ciencia dejó de ser sólo un problema epistemológico y se convirtió en un problema axiológico y, desde luego, de asunto de interés social (Diéguez L. A., 2010, pág. 277).

En conclusión, la ausencia de la estudiosidad ha provocado el alejamiento del recto conocimiento por una curiosidad malentendida, porque su objeto no es más la verdad, sino que, dentro de un nuevo marco de interés humano, esto es entre otras cosas, la utilidad práctica medida en términos económicos, lo ha distorsionado. En cambio, la estudiosidad es una virtud que permite determinar con claridad no sólo el objeto, pero, sí a partir de él, la vía para alcanzarlo. Si el objeto es bien conocido, los medios adecuados para lograr el fin serán igualmente claros y rectos. He aquí cuando la voluntad toma parte activa, pues, sin ella no es posible la realización actual prevista por el conocimiento.

2. La curiosidad como vicio propiamente

Llegados a este punto, es necesario precisar el significado del vicio y de este modo ampliar la visión acerca de la negatividad que comporta la curiosidad.

La curiosidad como contrario a la virtud de la estudiosidad se puede resumir en “esa inclinación desordenada de querer saber cosas inútiles y perjudiciales referentes tanto al conocimiento intelectual como al sensitivo, dando origen a muchos desórdenes” (Royo Marín, 1996, pág. 454). El hombre al tener contacto con la realidad puede optar por el bien o el mal, realizar actos que pueden volverse malos hábitos porque no son realizados con rectitud. El vicio se vuelve una segunda naturaleza al igual que la virtud, por eso como mal hábito es un daño o perjuicio para quien lo tiene ya que degrada el orden en sí mismo. Hay ocasiones en las que, si el pensar, ver, oír del hombre no son rectos se produce en él el vicio de la curiosidad.

La virtud de la estudiosidad encamina al hombre a la rectitud del estudio de lo que le rodea, además, la estudiosidad no tiene una relación directa con el conocimiento, sino que lo hace por medio del apetito y el interés en adquirir el conocimiento.

Entonces, ¿cómo se da el desorden en el conocer? En el hombre se da este desorden de cuatro modos: a) cuando se somete el conocimiento necesario al menos útil; b) cuando se interesa por conocer de quien no se debe; c) cuando se quiere conocer sin atender en orden al fin último que es Dios; y, d) cuando se esfuerza por conocer lo que está fuera de los límites racionales (de Aquino, 2001, págs. 555, II-II, q. 167, a. 1, sol). Dicho de otro modo: se trata de elegir lo fácil porque no hacer lo necesario es una distracción que hace ceder a lo menos útil; el entusiasmo de saber lo futuro; también quedarse en las creaturas es la mayor tentación para el hombre, la ciencia inicia en la tierra, pero debe elevarse a Dios, esa parte no se toma

en consideración suficientemente en la enseñanza de hoy; y, conocer lo que se halla fuera de los límites del hombre es expresión de no saberse creatura y, como consecuencia, incurrir en peores errores.

Y es que la curiosidad viciosa tiene un fundamento que lo desvía debido a la herida de la naturaleza humana luego del pecado original:

Y puesto que el hombre se siente atraído de manera especial hacia aquello que halaga a la carne, es natural que su pensamiento se dirija principalmente a esto, es decir, que busque el modo de dar gusto a su carne por cualquier medio. Por eso la curiosidad tiene por objeto principal la carne desde el punto de vista del conocimiento. (de Aquino, 2001, págs. 551, II-II, q. 166, a. 1, ad. 2)

Santo Tomás permite entender que con el vicio se realiza una fragmentación entre lo sensible y lo intelectual en el hombre. Explica que los sentidos y la razón aportan para el acto de conocimiento, mediante una armonía que permite abstraer adecuadamente la realidad, de lo contrario, no sería posible conocer: todo lo que está en la mente ha pasado primero por los sentidos (*nihil est in intellectu quod non sit prius in sensu*, (Aristóteles en (de Aquino, 2000, págs. 28, q. 2, a. 3, arg. 19)). De este modo valora los sentidos dentro de un contexto ordenado de subordinación que no debe entenderse como eliminación de las facultades inferiores respecto a las superiores. En cambio, con la curiosidad el hombre da gusto y prioridad a los sentidos, del mismo modo como con la carne, mediante el sentido del tacto, el hombre cede.

... la *curiositas* corrompe los dos niveles de conocimiento humano: el sensible y el racional, el entendimiento desea naturalmente conocer la verdad. Pero el conocimiento de la verdad, que en sí mismo es bueno para el hombre, se hace malo a causa de la *curiositas*, porque ensoberbece al que lo posee, o porque se usa para pecar. (Barrios, 2020, pág. 161)

Estas desviaciones que son producidas por la curiosidad son contrarias al cometido de la studiosidad, primero, porque en cuanto a virtud jamás lleva a hacer el mal y, segundo, porque no permiten aprehender la realidad como tal sino a medias, esto quiere decir que la

curiosidad, a fin de cuentas, es no dar el valor a la verdad para el hombre, por eso, no cumple con su fin que coincide en lo profundo con el fin de todo el hombre.

El gusto de conocer lo sensible se basa en la concupiscencia de los ojos, llamada la verdadera destemplanza, pues por los ojos entra toda la información y el hombre trata de apropiarse de ella (Pieper, 2017, pág. 201), de ahí que todo lo conocido sea materia de curiosidad. Lo que produce placer a los ojos tiene su punto de partida en las imágenes que entran a través del sentido de la vista, de ahí son almacenadas en la memoria; una y otra vez son recordadas, allí radica la *disipación*. También, lo que se oye, se piensa o se dice, inquieta a la persona. Por eso se dice que, tanto el conocimiento intelectual como en el sensitivo, son afectados por la curiosidad.

Otro modo de entender la curiosidad viciosa es que de la forma como se vean las cosas dependerá cómo se las interprete, y es que, el ser humano se apropia de lo que ve porque interpreta la realidad para sí. En efecto, en el proceso de conocimiento existe, pues, la subjetividad que, en la formación humana, debe conformarse con la objetividad de la realidad. Es así como la curiosidad aleja del fin del hombre, que es Dios, el Sumo Bien, por eso es mala y definida como vicio.

La virtud de la estudiosidad es reflejo de autodomínio; en cambio, la curiosidad, de volubilidad manifestada en distracción, disipación, que abarca todo nivel, pues:

Puede ser el síntoma de un auténtico desarraigo; puede significar que la persona ha perdido la capacidad de habitar en sí misma, que se ha dado a la fuga de su propio yo y que, asqueada por la devastación que observa en el propio corazón, se desespera y busca con un miedo egoísta, por miles de caminos, aquello que es imposible; aquello que sólo encuentra la quietud magnánima de un corazón dispuesto al sacrificio y seguro de sí mismo y que se llama la plenitud de la propia vida. (Pieper, 2017, pág. 202)

El vicio de la curiosidad es una forma de huir de la responsabilidad que se tiene como persona, esto expresa inseguridad en las decisiones y en las acciones más simples que realiza, no sólo como estudiante sino como hombre. Por eso, la curiosidad quiere imponerse con apariencia de originalidad sobre la virtud de la estudiosidad, mediante actitudes contrarias, de intereses que sustentan el saber algo, de objetivos pecaminosos, de descuidos de otros deberes humanos, de tratar de aprender por sí mismo, de caprichos o de sacrificios estrictos

que malbaratan las fuerzas y facultades, así la curiosidad tuerce los mejores objetivos planteados (Antonin Sertillanges en (Nuñez Valero, 2014, pág. 498)). Como se ve, el vicio de la curiosidad lleva a la misma degradación del ser humano que, una vez dado paso, requiere de una autodeterminación radical para detener su caída.

En los manuales de teología moral, se dice que la *studiositas* tiene algunos aspectos que la hacen muy necesaria no sólo para un correcto hábito de estudio, pues, afirma “tener una moderación en el deseo de conocer y aprender, para que la persona sepa lo que le conviene en la vida, es decir lo que le cuadraría conocer para hacer fructificar sus talentos” (Hieronymus Noldin en (Nuñez Valero, 2014, pág. 495)).

El vicio de la curiosidad obstruye la capacidad del hombre para percibir la realidad con ojos de admiración y el alma se asfixia, porque al no ver la realidad con sencillez interior, sólo aprehende vanidades, es decir, nada verdaderamente trascendente, provocando que el hombre dilapide su vida, esto es, en definitiva, encerrarse en sí mismo. Por eso, la virtud de la estudiosidad viene en auxilio, a cerrar tanto ojos como oídos para proteger el santuario de la vida interior del hombre y conservar esa relación que debe existir con Dios (Pieper, 2017, pág. 203). La curiosidad es dañina y perversa, priva al hombre del más grande bien, porque el hombre no logra ordenar su conocimiento rectamente a Dios, de quien procede todo conocimiento (de Aquino, 2001, págs. 555, II-II, q. 167, a. 1, sol).

3. Perfección de la voluntad con la virtud de la estudiosidad

La voluntad como una de las facultades superiores del hombre está directamente encaminada al bien, tiende al bien, al menos eso es su naturaleza. Ella por sí sola no conoce que algo sea bueno si no se lo presenta la inteligencia, que tiende a la verdad. La inteligencia, pues, muestra a la voluntad el bien que es conveniente para ella. Si no acata lo mostrado por la razón, se entorpece, es decir, se anquilosa, pues no permite crecer en perfección. Por eso, las potencias en el hombre muchas veces yerran en sus elecciones, limitando el cumplimiento de su fin. De ahí que las potencias requieran de la virtud para ordenarse a su fin, esto es, perfeccionarse.

“Se dice que la virtud es una segunda naturaleza o algo afin a la naturaleza porque se trata de una cualidad que perfecciona a las potencias de un modo permanente, disponiendo al alma para sus actos” (Martí, 2010, pág. 101). El término perfección, es conforme al de

acto, “perfecto es aquello que tiene toda la actualidad que le corresponde según su naturaleza, es decir, acabado” (Alvira, Clavell, & Melendo, 2001, pág. 182).

La virtud corresponde a la naturaleza de las potencias del hombre en donde se radica, como la perfección de las mismas, pero, esta afirmación debe ser aún más articulada.

El hombre es corpóreo y espiritual, es un ser dotado de dos dimensiones, que goza de una unidad sustancial, por eso, la perfección que alcanza por medio de las virtudes no sólo recae sobre una específica potencia, sino que favorece a toda la naturaleza humana. En este sentido, existe una cierta “dependencia” (de la virtud con su potencia y con la naturaleza del ser humano), pues no obra por sí sola sino en algo. De ahí que a la virtud se le diga hábito operativo, pues dispone a las facultades a obrar, ésta es una función propia de la virtud, que lleva a un modo de ser, es decir, a la perfección de todo el hombre.

La voluntad es la custodia de la curiosidad y, junto con las demás virtudes, es perfeccionada, porque hace que por ella se afirme el carácter del que estudia, formándolo a querer conocer no en modo vano. La perfección concreta de la voluntad se expresa en el dominio ante el desorden en el conocer, dirigiendo y elevando la mente a lo verdaderamente importante.

El mayor bien que el hombre puede llegar a conocer es Dios. Santo Tomás de Aquino no dice que hay que librarse de lo sensible para no faltar, sino que, por medio de la virtud de la curiosidad se corrija la tendencia desordenada. Aquí es donde entra el rol de la voluntad, pues, ella se encarga de subordinar de modo eficaz los apetitos para que se manifieste auténticamente la libertad del hombre.

Asimismo, la perfección de la voluntad con la virtud de la curiosidad permite combatir el vicio de la curiosidad (y de la negligencia) con todas sus consecuencias. Los vicios que afectan a la voluntad como efectos de la curiosidad, son: soberbia, avaricia, pereza, que son pecados capitales que ofuscan el entendimiento humano. Es lamentable que en la actualidad no se tome suficientemente en cuenta los riesgos de la degeneración intelectual y del conocimiento, cayendo en excesos, donde lo que importa es lograr a toda costa la conclusión de los estudios y obtener un título.

Muchos estudiantes no culminan su carrera o desertan del colegio y de los estudios porque no hay la motivación en casa para proponerse objetivos para la vida. Hay otros que quieren acabar una carrera porque piensan en el lucro que obtendrán luego, pero detrás de

estas facetas está que ni a los unos ni a los otros se les formó en la vida de virtud. ¿Por qué es importante educar en virtudes? Por la necesidad de perfección a la que está llamado el hombre, no fue creado para la mediocridad sino para llegar a ser, es decir, alcanzar la verdad de su ser.

Por la unidad del ser humano, no puede poseer ninguna virtud sin la virtud fundamental de la prudencia (Vázquez, 2011, pág. 173), ya que ésta dirige y corrige las acciones del hombre. Y es que “los actos, que producen las virtudes, no son justos ni moderados únicamente porque aparezcan de una cierta manera, sino que es preciso que el que obra se halle en cierta disposición moral en el momento, mismo de obrar” (Aristóteles, 2016, pág. 40).

La ciencia humana, bien entendida, es lo que permite alcanzar la sabiduría, la cual exige una ascesis, es decir, un proceso de elevación del entendimiento y de la voluntad. Esto no es sinónimo de ser un “sabelotodo”, sino que, para alcanzar la unidad de la vida, es decir, perfección en esta vida –conocimiento y práctica– es necesario el amor, motor de la virtud de la studiosidad (Sertillanges, 1942, págs. 34-35). Sin amor no hay unidad.

Para lograr la perfección con la virtud de la studiosidad, santo Tomás de Aquino propone diez pasos que son comentados por Manuel Carrera Sanabría:

...cómo convenga obrar para adquirir el tesoro de la ciencia, este consejo te doy: [1] que elijas entrar en el mar por los arroyos, y no directamente lanzarte al mar; porque por lo fácil conviene llegar a lo difícil (...). [2] Deseo que seas tardo para hablar y para ir al locutorio: abrázate con la pureza de conciencia, no abandones la oración, [3] ama estar frecuentemente en la celda, si quieres ser introducido en la bodega de los vinos. [4] Sé amable con todos, no te preocupes absolutamente nada de lo que hagan los demás, con nadie tengas demasiada familiaridad, porque la mucha familiaridad engendra el desprecio y da materia de distracción en los estudios. [5] No te entrometas en los dichos o hechos de los seglares. [6] Evita sobre todo el andar vagueando, [7] no omitas el seguir las huellas de los santos y de los buenos: [8] no mires de qué persona escuchas, sino que todo lo bueno que se diga, mándalo a la memoria. [9] Procura entender lo que lees, haciendo por adquirir certeza en las cosas dudosas y atiende a mandar al armario del entendimiento cuanto puedas, como el que desea llenar un vaso. [10] No busques cosas superiores a tu inteligencia: siguiendo a las huellas de quien, mientras vivió, produjo flores y frutos provechosos en la viña del Señor Dios de los ejércitos. Si siguieres estos consejos, podrás llegar a conseguir lo que deseas. (1928, págs. 11-12)

Excelentes consejos para lograr alcanzar la estudiosidad. Santo Tomás nombra algunas cualidades que se pueden ubicar dentro de las virtudes para un estudio de manera recta: discreción, silencio, amabilidad, santa indiferencia, diligencia, humildad y sabiduría. Entonces, la perfección del hombre, como ser superior dentro de las creaturas corpóreas, con un alma espiritual, dotado de racionalidad (entendimiento, voluntad y memoria), es procurar la Sabiduría, que nace del Temor del Señor (Eclo. 1, 14), pues ante todo el que es sabio, es señor de sí mismo; esto quiere decir, está presente en lo que hace, realiza elecciones que sean acordes al bien, y que al obrar lo hace con firmeza y decisión, de modo que no obre jamás de otra manera (Aristóteles, 2016, págs. 40-41). Las virtudes se conquistan con la práctica, mediante la repetición constante de actos buenos, pero, que nacen del interior, es decir, precede la intencionalidad de la persona humana.

Se habla de otros vicios: la pereza, definida como “ese tedio o fastidio por las cosas espirituales por el trabajo y molestias que ocasionan” (Royo Marín, 1996, pág. 261); y, actuar con negligencia en cumplir los deberes encomendados, que puede suceder al estudiar, porque para el estudiante hay el deber de hacer sus tareas y concluir con una carrera, que no siempre está dispuesto a hacerlo, es decir, a acoger la verdad cuando se la encuentra. Así, estudiar es algo que alimenta lo espiritual y beneficia a la persona.

La soberbia es la cabeza de todos los vicios, porque de ella se desprenden todos los demás (Royo Marín, 1996, pág. 258). En el estudio, la persona puede caer en vanidad y buscar reconocimientos, vanagloria, cuando todo es recibido; así mismo la avaricia tiene que ver con la estudiosidad, porque es una especie de apoderamiento desordenado por parte de la persona con respecto al conocimiento exterior, hasta el punto de creer que poseerlo es por su mérito y que por sí mismo lo ha logrado. “La avaricia desea siempre conseguir un lucro, para lo cual es sumamente necesario un conocimiento especial de las cosas materiales. Por eso el estudio tiene por objeto lo concerniente a la avaricia” (de Aquino, 2001, págs. 551-552, II-II, q. 166, a. 1, ad. 3).

Como aquí se ha dicho, el conocimiento forma, educa y con la virtud de la estudiosidad, se lo alcanza con rectitud. El hecho de conocer a primeras, no parece nada meritorio, pues el hombre, como ser racional, naturalmente conoce y, entonces, ¿cuándo aparece la virtud?

Cuando la acción se ordena a la recta naturaleza, según la recta razón. Cuando lo que se desea conocer sea en primer lugar lo que el hombre necesita para llevar una vida plenamente humana. Y todo lo que sea necesario para alcanzar este último conocimiento. Y, después, todo lo que quiera y no le aparte de su meta final. (Vázquez, 2011, págs. 117-118)

El hombre no fue creado para estar solo y tampoco para quedarse en la tierra por siempre, no, su meta es la patria celestial, “el hombre debe encontrar el bien en su obra propia, si es que hay una obra especial, que el hombre deba realizar” (Aristóteles, 2016, pág. 18). La obra propia y trabajo personal que debe realizar consiste en alcanzar su perfección, que es la santidad.

La sabiduría es radiante e inmarcesible. Se deja ver fácilmente por los que la aman y encontrar por los que la buscan. Se adelanta a manifestarse a los que la desean. Quien madruga para buscarla, no se cansa, pues la encuentra sentada a su puerta. Meditar sobre ella es sensatez consumada, quien se desvela por ella pronto se ve libre de preocupaciones. Pues ella misma va buscando a los que son dignos de ella, se les muestra benévola por los caminos y sale al encuentro de todos sus pensamientos. Su verdadero comienzo es el afán de instrucción, el interés por la instrucción es amor, el amor es la observancia de sus leyes, la atención a las leyes es garantía de inmortalidad, y la inmortalidad acerca a Dios; por tanto, el afán de la sabiduría conduce al reino. Así que, si queréis tronos y cetros, soberanos de los pueblos, apreciad la sabiduría y reinaréis eternamente. (Sabiduría 6, 12-21)

En realidad, el ser humano alcanza su fin, con la ayuda de la sabiduría, medio que se adquiere como don divino, pero, que requiere previamente la disposición de la persona humana mediante la configuración de su naturaleza gracias a las virtudes. Éstas son fuerzas que operan en el hombre y que favorecen al ejercicio de su libertad. Se trata de un proceso que tiene lugar sólo cuando el hombre quiere el bien verdadero, es decir, debe involucrarse por medio del perfeccionamiento de su voluntad; de lo contrario, los vicios, morarán y se apoderarán de él, creando una resistencia en la recta orientación de su vida y, en consecuencia, de su perfección y realización personal. Las virtudes exigen, pues, una determinada lucha diaria por morir a sí mismo, una lucha incesante, que se acabará solamente con la muerte, donde hallará la recompensa de sus fatigas.

CAPÍTULO III

BENEFICIOS DE LA VIRTUD DE LA ESTUDIOSIDAD

1. La verdad y su relación con el fin del hombre

Lo visto hasta aquí permite entrever que las virtudes son indispensables para alcanzar la perfección de vida. Para estudiar se requiere de las facultades humanas; ellas interactúan para el bien de la persona, obteniendo cada una su objeto propio que las perfecciona. Es en este sentido que se debe contextualizar el aprendizaje mediante la educación, punto clave para asimilar las virtudes (Diéguez J. , 2019, pág. 41). De este modo, la verdad representa el fin del conocimiento que busca el ser humano para su perfección.

Entonces, la verdad, de la que la estudiosidad se ocupa en regular, es el culmen para el hombre, pero está relacionada con otros aspectos de la vivencia humana. Así, la verdad del entendimiento depende del ser. Si el entendimiento se adecúa a lo verdadero es porque las cosas tienen verdad ontológica, y el entendimiento humano se adecúa a ella (Alvira, Clavell, & Melendo, 2001, pág. 173).

Al presente, para estudiar, muchos se proponen metas en las que no está Dios, verdad suma. Si Dios es el fin último al cual el hombre no se abre, entonces su objetivo se reduce a sí mismo. Por eso la virtud de la estudiosidad ayuda al hombre a salir de sí, para tener este encuentro con la Verdad, pues someter lo conocido a ella es buscar lo que es valioso en lo estudiado. En efecto, la meta a la que tiende consciente o inconscientemente es el encuentro con Dios (Caturelli, 1987, pág. 172). De este modo la vida del que estudia no se basa en conocer sólo verdades parciales, sino la Verdad, que exige entre otras cosas deshacerse de lo que es meramente útil (Nuñez Valero, 2014, pág. 502).

En este marco, es válido también hacer mención de las técnicas de estudio, porque hay que motivar a los estudiantes a querer seguir un orden y disciplina en el aprendizaje. El profesor normalmente debe ofrecer pautas acerca del curso y el estudiante debe interesarse activamente como manifestación de responsabilidad y preocupación por estudiar (Li Loo Kung, 2001, pág. 13).

De entre las técnicas, el estudiante debe discernir y elegir la más conveniente para crecer en virtud. El beneficio mayor que obtiene quien se aplica al estudio radica en que

afirma su ser personal en la dinámica de su historia. En el proceso, no sólo responde a sus inquietudes, sino que despierta nuevas, impulsándolo siempre a una mayor perfección, ejercitando de modo recto la potencia cognoscitiva (de Aquino, 2001, págs. 552, II-II, q. 166, a. 2, ad. 2).

El esfuerzo en el estudio no es otra cosa que esa actitud de preguntarse el porqué de las cosas, de esta manera la estudiosidad ofrece al hombre conocer la verdad que le ilumina, pues debe estar en consonancia con ella (Nuñez Valero, 2014, págs. 500-501). “Así el mérito de esta virtud está en estimular con vehemencia a participar de la ciencia de las cosas” (de Aquino, 2001, págs. 553, II-II, q. 166, a. 2, ad. 3), el participar en la ciencia permite el crecimiento en la verdad, que muchas veces –sobre todo en los últimos tiempos– no se trata de nuevas verdades, sino de una intensidad en el conocimiento de las verdades existentes.

Lo que realmente interesa del estudio no es la *cantidad* sino la *calidad* del mismo y eso se resuelve en lo que dice el libro de los Proverbios (27, 11) de la Escritura Sagrada: “Dedícate con estudiosidad, hijo mío, a la sabiduría, y compláceme, para que puedas responder a quien me moteja”. Y es que la calidad de lo estudiado lleva al hombre a la sabiduría, meta última de todo hombre, pues, “el apetito de conocer es atraído por la verdad bajo la formalidad del bien. Como consecuencia, una vez poseída, produce en el alma el gozo de la verdad” (Nuñez Valero, 2014, pág. 516).

Por eso, para crecer en una relación entre Dios y la persona humana, no puede ser sólo a nivel de conocimiento, sino que debe ser a nivel personal, es decir, debe incluir todas sus dimensiones y, principalmente, la voluntad, con la cual realiza la comunión percibida en la misma contemplación, ya que “No existe la virtud de la estudiosidad sin el crecimiento del recogimiento y la contemplación desde las cuales surge la creación intelectual” (Caturelli, 1987, pág. 172). Este es el camino que lleva al encuentro y unión con el Autor de la verdad.

2. El hombre ante la Verdad

El hombre se realiza tanto en cuanto se conoce a la luz de la verdad. Sin la verdad no sabe quién es, de dónde viene ni a dónde va; en consecuencia, desconociéndose a sí mismo, desconoce a sus semejantes, el mundo que le rodea y el fin. Entonces, conocer la verdad es bueno, es relacionarse con la realidad y aprender de ella (Vázquez, 2011, págs. 107, 158).

Al mirar a su alrededor comprende que las cosas poseen aspectos que la inteligencia puede captar. Estos aspectos son los trascendentales. “En cuanto realidad se identifican con el ente: la unidad, la verdad, la bondad, etc., no son realidades distintas del ente, sino aspectos o propiedades del ser” (Alvira, Clavell, & Melendo, 2001, pág. 159). Estas notas comunes la poseen todos los entes más allá de las diferencias propias de cada especie.

Las nociones trascendentales no son sinónimos de ente (...) Idénticos como realidades, son en cambio nociones distintas. A la misma cosa, por tener ser, la llamamos ente; por ser cognoscible y amable, se denomina verdadera y buena; por su cohesión interior, decimos que tiene unidad, etc. (Alvira, Clavell, & Melendo, 2001, pág. 160)

La verdad de los entes, que es lo que nos interesa en este estudio, se refiere a que son cognoscibles. Por otro lado, el hombre por su apertura interior se abre al misterio, es decir, no se conforma con las verdades limitadas de este mundo, ahí emerge el deseo de la Verdad saboreada o Sabiduría única que sacia al hombre, llevándolo al *éxtasis*:

La sabiduría está en relación con el éxtasis, culminación del estudio. (...) La palabra “éxtasis”, que significa “salir de sí”, no es sino el desenlace de la admiración, un tomar distancia de sí mismo, un saludable olvido de lo propio, a fin de que repercuta en la inteligencia y en el corazón la verdad descubierta. (Sáenz, 2001, pág. 152)

Es necesario completar el cuadro de la estudiosidad analizando la secuencia: investigar-conocer-realizar (Caturelli, 1987, pág. 7). El primero indica la búsqueda; el segundo, el conocimiento (ambos regulados por la estudiosidad) y que tiene validez en cuanto se orienta a la contemplación; el tercero, la gloria extrínseca de Dios a la cual se dirige todo estudio, toda búsqueda y toda contemplación, aun cuando el que conoce no tenga fe, pues, de una o de otra manera –si son rectas–, llega a la Verdad.

Esta búsqueda la ilustra Edith Stein: “quien busca la verdad busca a Dios, sea consciente de ello o no” (2003, pág. 119). La filósofa judía explica esto porque no todos aceptan la Verdad como a Dios, y esta expresión calza muy bien para los que no son creyentes, quienes tienen un acercamiento a la verdad, si lo hacen con rectitud. Edith es

ejemplo de esta búsqueda por medio del conocimiento, antes de convertirse al catolicismo era judía, pero buscaba la verdad, y la encontró.

Si hay sinceridad en esta búsqueda, la Verdad se reconoce. Leyendo toda una noche en casa de unos amigos la Autobiografía de Santa Teresa de Jesús, exclama: “Aquí está la verdad”, tuvo la experiencia desbordante que le abrió al encuentro con la Verdad, experiencia de “la verdad del amor”, que no es conocimiento intelectual, sino una relación personal con Dios en la persona de Jesucristo; así calzaban todas las piezas que ella quería construir desde fuera del edificio, se convierte al catolicismo por responder éste claramente a la trascendencia de la vida del hombre (Stein, 1998, págs. 90, 91, 100).

Ella confía tanto en la Verdad, porque no está limitada a solo la Iglesia, sino que la Misericordia de Dios da la oportunidad a toda persona para este encuentro (Stein, 2003, pág. 119), en cualquier momento de su vida. En efecto, Dios no está confinado a cuatro paredes y, por lo tanto, puede obrar como a Él le plazca.

Dios, suma verdad, quiere dejarse encontrar del hombre y sale a su encuentro, pero no siempre halla la disponibilidad en el corazón humano. Y es que “Solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en *estar* en la Verdad y en *realizar* en la Verdad” (Juan Pablo II, 1993, págs. 139, No. 84).

El conocer está relacionado con la libertad humana porque es un acto voluntario concreto que realiza el hombre para acceder a la verdad (Vázquez, 2011, pág. 132). En la fe, conocimiento sobrenatural, se encuentran la libertad humana y Dios: el hombre inicia en las sombras del conocimiento humano, pero es iluminado y guiado por el divino.

El encuentro con la Verdad produce agrado, da sentido al ser y existir de cada persona y la realidad que conoce no le pertenece, sino sólo la abstrae. Sin embargo, ella (la realidad que abstrae) es verdadera, porque cumple con un orden que ha recibido de la Verdad que es Dios (Alvira, Clavell, & Melendo, 2001, págs. 174-175).

Asimismo, si la verdad se basa en la Verdad Divina, no puede el ser humano conformarse solamente con lo que el mundo le muestra, sino que debe a partir de ella remontarse a su fuente. Este proceso responde a la necesaria virtud de la humildad que, como decía Santa Teresa, “es andar en verdad” (2021, págs. 118, VI, X). En realidad, la humildad permite al hombre verse como es, es decir, conocer la verdad de su ser. Es ciertamente de

valientes aceptar cómo se es en realidad, porque implica dar a Dios cabida en el corazón humano, vaciándose de sí mismo.

En conclusión, el hombre se identifica –y diferencia del resto de los seres naturales– en que es un inquieto buscador de la verdad, y el hecho de esta tensión natural es muestra suficiente de que puede y debe llegar a la Verdad con mayúscula, porque sin la verdad no es posible vivir.

CONCLUSIONES

La estudiosidad es una virtud desconocida y muy importante de recuperar, porque regula la tendencia natural de conocer. Gracias a ella la persona humana garantiza un conocimiento que le perfecciona verdaderamente.

El conocimiento, objeto del entendimiento, exige el concurso de la voluntad, por eso es que la virtud de la estudiosidad se orienta a la voluntad perfeccionándola.

La estudiosidad se coloca dentro de la virtud de la templanza, pues corresponde al apetito concupiscible, frenando el deseo natural de conocer.

La falta de vivencia en la virtud de la estudiosidad conlleva a que la persona humana tienda a conocer movida por la curiosidad viciosa, desviándole de su objetivo y, por lo tanto, de la realización auténtica de su ser.

Existe una relación estrecha entre las facultades del entendimiento y la voluntad en el acto de conocer, porque, por un lado, para que el entendimiento conozca requiere de un acto de voluntad y, para que la voluntad pueda realizar esto, requiere de aquello que el entendimiento le presente, pues a ella no le corresponde conocer, sino querer.

En este orden se comprende mejor que la estudiosidad se orienta a mejorar la voluntad, no sólo frenando, sino principalmente, estimulando a la persona humana a realizar actos de mayor calidad (actos libres) que perfeccionan a esta potencia y a la persona como tal.

La estudiosidad favorece a que el ser humano pueda alcanzar su fin, es decir, su realización personal, porque le ayuda a encaminarse a conocer la verdad de las cosas, de sí mismo y del mundo en general en orden a su fin trascendental que es Dios, Verdad Suma.

No se puede negar que el perfeccionamiento de la persona se expresa y realiza mediante el fortalecimiento de la voluntad, en cuyo ejercicio exige la presencia de la virtud de la estudiosidad, entre otras. Y es que la voluntad para que pueda alcanzar el bien que hace buena a la persona requiere antes de la verdad de los juicios en orden a una voluntad recta a la hora de tender hacia los objetos.

REFERENCIAS

- Alvira, T., Clavell, L., & Melendo, T. (2001). *Metafísica; La Verdad, el Bien* (Octava ed.). Pamplona: EUNSA.
- Aristóteles. (2003). *Metafísica, el Conocimiento de las causas y la sabiduría*. Madrid: GREDOS S.A.
- Aristóteles. (2016). *Ética a Nicómaco*. San José: Imprenta Nacional.
- Artigas, M. (2008). *Filosofía de la Naturaleza*. Pamplona: EUNSA.
- Artigas, M. (2009). *Filosofía de la Ciencia* (Segunda ed.). Pamplona: EUNSA.
- Barrios, D. (2020). Studiositas y Curiositas, una perspectiva teórica del hábito de estudio. *Pulso*(43), 157-173. Obtenido de <http://Dialnet-StudiositasYCuriositas-7803966.pdf>
- Burggraf, J. (2 de enero de 2013). *Cada hombre es un filósofo*. Obtenido de GRUPO CIENCIA, RAZÓN Y FE: <https://www.unav.edu/web/ciencia-razon-y-fe/cada-hombre-es-un-filosofo>
- Caturelli, A. (1987). La studiosidad y la vida espiritual. *Sapientia*, XLII, 167-176.
- de Aquino, T. (13 de Noviembre de 1928). *La carta de Santo Tomás de Aquino sobre el modo de estudiar fructuosamente*. Sevilla, España: Sobrino de Izquierdo. Obtenido de IDOCPUB.
- de Aquino, T. (1989). *Suma de Teología, I-II* (Segunda ed.). Madrid: BAC.
- de Aquino, T. (2000). *De Veritate, 2, La ciencia de Dios*. (Á. González, Trad.) Pamplona: EUROGRAF.
- de Aquino, T. (2001). *Suma de Teología II-II b* (Tercera ed.). Madrid: BAC.
- de Aquino, T. (2003). Cuestión sobre las virtudes en general. En T. de Aquino, *Opúsculos y Cuestiones Selectas* (Bilingüe ed., Vol. II, págs. 677-825). Madrid: BAC.
- Diéguez, J. (29 de Octubre de 2019). *Formar personas libres, Apuntes sobre cuestiones de Teología Moral aplicadas a la formación*. Obtenido de Ética & política: <https://www.eticaepolitica.net/eticafundamentale/Formar%20personas%20libres.pdf>

- Diéguez, L. A. (2010). *Filosofía de la Ciencia* (Segunda ed.). Madrid: BIBLIOTECA NUEVA.
- Fernández, P. (1990). *30 Temas de iniciación Filosófica*. Bogotá: Presencia Ltda.
- García, J. (1986). *El sistema de las Virtudes Humanas*. México: MINOS.
- Guillon, J. (1999). *El trabajo intelectual*. Madrid: RIALP.
- Juan Pablo II, P. (1992). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Città del Vaticano: Librería Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II, P. (1993). *El Esplendor de la Verdad, El Bien Moral para la vida de la Iglesia y del mundo*. Bogotá: PAULINAS.
- Li Loo Kung, E. (2001). *¿Cómo estudiar en la universidad?* Lima: HEMISFERIO.
- Martí, G. (2010). El crecimiento en la virtud a la luz del pensamiento aristotélico-tomista (I): Las pasiones del alma. *Metafísica y Persona, Filosofía, conocimiento y vida*(4), 99-117. Obtenido de Dialnet-ElCrecimientoEnLaVirtudALaLuzDelPensamiento Aristot-6509954%20.pdf
- McClelland, D. (1989). *Estudio de la motivación humana*. Madrid: NARCEA S.A.
- Mulet, L. N., & Hing, R. (2008). La Historia de la Química y el desarrollo de la Sociedad. *Tecnología Química en REDALYC, XXVIII*, 15-27. Obtenido de redalyc.org/pdf/4455/445543757002.pdf
- Newman, J. H. (2002). *El desarrollo de la doctrina cristiana*. Milán: UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA.
- Núñez Valero, J. (22 de Enero de 2014). *Cuadernos Doctorales de la Facultad de Teología, extracto de tesis doctoral*. Obtenido de La studiositas y su lugar en el organismo cristiano de las virtudes: https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/36493/1/62_07_nunez%20valero.pdf
- Pieper, J. (2017). *Las Virtudes Fundamentales, Incontinencia de Espíritu*. Madrid: RIALP.
- Rodríguez Luño, Á. (2010). *Ética General*. Pamplona: EUNSA.

- Rodríguez Luño, Á. (12 de Marzo de 2011). *Moral Especial*. Obtenido de Ética & política: <https://www.eticaepolitica.net/corsodimorale/Especial07.pdf>
- Royo Marín, A. (1996). *Moral Fundamental para seglares I*. Madrid: BAC.
- Sáenz, A. (2001). *Siete virtudes olvidadas*. Jalisco: Asociación Pro-Cultura Occidental.
- San Agustín, d. H. (1956). *Tratado sobre la Santísima Trinidad, el amor en un alma estudiosa, libro X* (2 ed., Vol. V). Madrid: BAC.
- San Francisco de Asís. (1998). Saludo a las Virtudes. En J. A. Guerra, *San Francisco de Asís* (Séptima ed., págs. 46-48). Madrid: BAC.
- Santa Teresa de Jesús. (2021). *Las Moradas*. Islas Baleares: Edu Robsy.
- Sellés, J. F. (2000). Los Hábitos adquiridos. Las virtudes de la Inteligencia y Voluntad según Santo Tomás de Aquino (II), Naturaleza de la Virtud. *Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie Universitaria*(118), 1-50.
- Sertillanges, A. (16 de enero de 1942). *La virtud propia del Intelectual*. Buenos Aires: SANTA CATALINA.
- Stein, E. (1998). *La búsqueda de la Verdad*. Burgos: Monte Carmelo.
- Stein, E. (2003). *Escritos Esenciales, en busca de la Verdad Profunda*. Santander: Sal Terrae.
- Vázquez, R. D. (2011). La virtud de la studiositas y el conocimiento. *DADUN, Cuadernos doctorales de la Facultad Eclesiástica, 21*, 93-197. Obtenido de https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/20611/1/02_Cuadernos%20Filosofia%2021.pdf
- Vega, M. (2012). Aspectos y avances en ciencia, tecnología e innovación. (C. d. (CISPO), Ed.) *POLIS, Revista Latinoamericana*(33), 1-16. Obtenido de <http://journals.openedition.org/polis/8619>